

Pablo Blanco-Sarto

Universidad de Navarra

pblanco@unav.es

ORCID: 0000-0001-9497-1649

DOI: <https://doi.org/10.12775/BPTh.2022.016>

15 (2022) 4: 9–24

ISSN (print) 1689-5150

ISSN (online) 2450-7059

Angelus eius est (Act 12,15)
**Los santos ángeles en Tomás de Aquino
y Josemaría Escrivá**

Angelus eius est (Act 12: 15)
**The Holy Angels in St. Thomas Aquinas
and Josemaría Escrivá**

Angelus eius est (Dz 12,15)
**Święci aniołowie u Tomasza z Akwinu
i Josemaríi Escrivy**

Resumen. San Josemaría tuvo siempre una devoción a los santos ángeles, fundamentada no solo en su experiencia personal sino sobre todo en la Escritura, en los Padres y en una teología que recorre los siglos, tanto en Oriente como en Occidente. El Doctor Angélico constituye una síntesis y una autoridad en el tema. También san Josemaría proponía una cercanía y una familiaridad que nos conducía a su Creador. La presencia de ángeles le infundía presencia de Dios, y por eso consideró siempre un “gran cómplice” al ángel de la guarda. Pero la función más excelsa de los ángeles está íntimamente unida a la celebración litúrgica y, de un modo especial, a la Eucaristía. San Josemaría quería verla siempre rodeada de ángeles adorando.

Abstract. St. Josemaría always had a devotion to the holy angels, based not only on his personal experience but above all on Scripture, on the Fathers and on theology that runs through the centuries, both in the East and in the West. The Angelic Doctor, an undisputable authority on this subject, created a synthesis of knowledge on angels. St. Josemaría also proposed a closeness and familiarity that led us to our Creator. The presence of angels infused him with the presence of God, and that is why he always considered the guardian angel a “great accomplice”. St. Josemaría believed that the most prominent function of the angels is intimately linked to the liturgical celebration and, in a special way, to the Eucharist which he wanted to see as always surrounded by adoring angels.

Streszczenie. Świętego Josemaríę zawsze cechowało głębokie nabożeństwo do aniołów oparte nie tylko na osobistym doświadczeniu, ale przede wszystkim na Piśmie Świętym, Ojcach Kościoła oraz teologii, zarówno Wschodu, jak i Zachodu. Anielski Doktor, będący autorytetem w tej dziedzinie, stworzył syntezę wiedzy o aniołach. Św. Josemaría także wskazywał na bliskość i zażyłość z aniołami, która prowadzi nas do Stwórcy. Obecność aniołów przepełniała go obecnością Boga i dlatego nazywał Anioła Stróża „wielkim współnikiem”. Św. Josemaría uważał, że najbardziej znaczącą funkcją aniołów jest ich zażyła łączność z liturgią, a w szczególności z Eucharystią, którą zawsze postrzegał jako otoczoną adorującymi aniołami.

Palabras clave: ángeles, Escritura, liturgia, Padres, custodio.

Keywords: angels, Scripture, liturgy, Fathers, guardian angel.

Słowa kluczowe: anioły, Pismo Święte, Ojcowie Kościoła, Anioł Stróż.

La mayoría de las estrellas no se pueden ver a simple vista,
y “lo esencial es invisible a los ojos”,
afirmó un conocido Principito...
(Saint-Exupéry 1943, c. 21)

Introducción

Los ángeles son espíritus, personalidades dotadas de inteligencia y voluntad aunque sin cuerpo: fuerzas invisibles que han sido igualmente creadas por Dios. Más allá de este mundo, hay otro imperceptible en el que viven “miríadas de miríadas y millares de millares” (Ap 5,11) de espíritus buenos. Son invisibles, aunque en algunas ocasiones pueden adquirir una forma visible: Dios “hace a sus ángeles vientos y a sus ministros llama de fuego” (Hb 1,7). La Escritura está llena de ángeles que la recorren desde el *Génesis* al *Apocalipsis*: negarlos –decía un filósofo– sería arrancar una página de cada dos en las Escrituras. “Casi todas las páginas de los libros santos –dice san Gregorio Magno en sus *Homilías sobre los Evangelios*, 34– dan testimonio de la existencia de los ángeles y los arcángeles”. Constituye así un claro testimonio a favor de su existencia, a pesar de permanecer escondidos –de modo habitual– a nuestros ojos. Si de algún modo pudiéramos verlos, quedaríamos extasiados y aterrorizados al mismo tiempo. En tanto que criaturas puramente espirituales, tienen inteligencia intuitiva y voluntad inmediata: son criaturas personales e inmortales (cf. Lc 20,36; cf. Pío XII, enc. *Humani generis*:

DS 3891). Por eso son tan rápidos y son representados con alas; superan además en gran medida la perfección de todas las criaturas visibles. El resplandor de su gloria da testimonio de ello (cf. Dn 10,9–12).

La existencia de seres espirituales, no corporales, que la sagrada Escritura llama habitualmente ángeles –afirma el *Catecismo de la Iglesia católica* (CCE, n. 328)–, es una verdad de fe. El testimonio de la Escritura es tan claro como la unanimidad de la Tradición (cf. Hahn 2015, 47–50. Encontramos bibliografía reciente sobre el tema: Keck 1998; id., 2014, 289–332; Potter 2017).

1. Mensajeros de Dios

Ningún escritor o artista podrá hacer justicia a la belleza deslumbrante, a la velocísima y aguda inteligencia, al tremendo poder de los ángeles. No están limitados ni condicionados por la materia. En la Escritura se mencionan además por encima de ellos a los arcángeles, principados, potestades, virtudes, dominaciones, tronos, querubines y serafines (cf. Ef 6,12; Col 1,16). Cada uno de estas jerarquías tiene una misión propia y es más perfecta que la anterior, tal vez manteniendo la misma distancia que separa a un ángel de cada uno de nosotros. Los únicos conocidos por el nombre son los arcángeles Gabriel o “fortaleza de Dios”, Miguel (“¿quién como Dios?”) y Rafael o “medicina de Dios”, a quienes san Josemaría encomendó la labor de la Obra con familias, miembros célibes y la juventud, respectivamente (cf. Vázquez de Prada 2001, 466). En cuando a la perfección, por encima de todos ellos está el mismo Dios y la función propia de los seres angélicos es conducirnos ante su presencia. Son *sus* ángeles: los ángeles de Dios, creados y no creadores (ni demiurgos), que actúan hasta el juicio final para cumplir los designios de la Trinidad. Son un espejo en el que se refleja el designio creador de Dios. San Agustín afirmaba que “toda la naturaleza corporal y toda la vida irracional está sometida a los ángeles celestiales, que poseen a Dios en la humildad y le sirven en la felicidad” (*De Genesi ad litteram*, VIII, c. 23, n. 44). El Doctor Angélico recordaba por su parte que, en todas las intervenciones materiales en el universo, Dios se servía de los ángeles (cf. S.Th. supl. q. 73, a. 3; Bonino 2016). Al ser imperceptibles por los sentidos, tendemos a dudar de su existencia, aplicando el conocido sofisma: “si no lo veo, no lo creo”. Pero, por otra parte, en los momentos actuales ha vuelto a estar de modo la angeleología o tratado de los ángeles, si bien no siempre con una impronta cristiana; también es este un terreno por evangelizar. “Solo por la fe conocemos la existencia de

los ángeles”, apostrofa Agustín de Hipona (Enarr. in Ps. 103,1.15), y dudar de la veracidad de Dios supone en cierto modo –según santo Tomás– blasfemar... (cf. S.Th. II–II, q. 13, a. 1)

“Ángel” significa “mensajero”: son los mensajeros de Dios a los seres humanos. En el Antiguo Testamento, los testimonios sobre los ángeles que se pusieron del lado de Dios son continuos¹: Isaías, Ezequiel y también el *Apocalipsis* los ven desempeñando diferentes funciones en la liturgia celestial. Y se encargan además de transmitir los mensajes de Dios: “sois poderosos y cumplís sus órdenes, prontos a la voz de su Palabra” (S 102 [103],40). Dos ángeles se encargan de anunciar el nacimiento de san Juan Bautista y de Jesús (Mt 1,20; Lc 1,11.26; 2,13). Aparecen también en la vida de san José, comunicándole los planes que tiene Dios respecto a él (cf. Mt 1,20; 1,24; 2,13; 2,19): hacen pues de mensajeros. Intervienen además en los momentos principales de la historia de la salvación: cantan en el nacimiento del Hijo de Dios (Lc 2, 14), protegen la infancia de Jesús (cf. Mt 1,20; 2,13.19), le sirven en el desierto (cf. Mc 1,12; Mt 4,11), lo reconfortan en la agonía (cf. Lc 22,43), y anuncian la Resurrección de Cristo (cf. Mc 16,5–7). Todos estos ángeles están al servicio de la misión del Mesías en este mundo: Cristo es el centro del mundo de los ángeles. Los ángeles le pertenecen: “Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles...” (Mt 25,31). Le pertenecen porque fueron creados por y para Él:

Porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades: todo fue creado por Él y para Él” (Col 1, 16). Le pertenecen más aún porque los ha hecho mensajeros de su designio de salvación: “¿Es que no son todos ellos espíritus servidores con la misión de asistir a los que han de heredar la salvación?” (Hb 1, 14) (CCE, n. 331).

¹ “Desde la creación (cf. Jb 38,7, donde los ángeles son llamados ‘hijos de Dios’) y a lo largo de toda la historia de la salvación, los encontramos, anunciando de lejos o de cerca, esa salvación y sirviendo al designio divino de su realización: cierran el paraíso terrenal (cf. Gn 3,24), protegen a Lot (cf. Gn 19), salvan a Agar y a su hijo (cf. Gn 21,17), detienen la mano de Abraham (cf. Gn 22,11), la ley es comunicada por su ministerio (cf. Hch 7,53), conducen el pueblo de Dios (cf. Ex 23,20–23), anuncian nacimientos (cf. Jc 13) y vocaciones (cf. Jc 6,11–24; Is 6,6), asisten a los profetas (cf. 1 R 19,5), por no citar más que algunos ejemplos. Finalmente, el ángel Gabriel anuncia el nacimiento del Precursor y el del mismo Jesús (cf. Lc 1, 11.26)” (CCE, n. 333).

“Y sus ángeles le servían” (Mt 4,11): en esta frase al final de las tentaciones de Cristo queda clara tanto la superioridad del Mesías sobre ellos en su condición de Hijo de Dios, como el servicio que le prestan en toda su misión.

El demonio, con intención torcida –comenta san Josemaría a propósito de este pasaje de las tentaciones en el desierto–, ha citado el Antiguo Testamento: Dios mandará a sus ángeles, para que protejan al justo en todos sus caminos (Escrivá 1973, n. 63).

De esta forma, los ángeles están llamados a formar parte de la Iglesia, como lo estamos los seres humanos: Jesucristo se constituye también en la cabeza de los ángeles y estos se prestan a colaborar en la obra de salvación de la humanidad. Les caracteriza pues el deseo de servicio expresado en el primer *serviam!* (cf. Jer. 2,20; Hahn 2015, 48)².

2. “Un ángel irá delante de ti”

Nos ayudan en nuestras buenas acciones. La Iglesia venera a los ángeles que le acompañan en su peregrinar terrestre y protegen a todo ser humano: “Enviaré sus ángeles a ti para que te protejan en todos los caminos” (S 91 [92],11). Mien-

² Por tanto, ¿para qué necesita Dios a los ángeles, si es omnipotente? En efecto, Dios podría hacer todo por sí mismo, por sí solo. Sin embargo, quiere contar con nuestra libertad: con la de los ángeles al principio de la creación y con la nuestra en cada momento de la historia. No quiere actuar solo, sino con nuestra libre decisión y voluntad. Quiere nuestro amor, y prefiere seres libres que quieran colaborar libremente con Él. Existe una mutua colaboración –real pero invisible– entre ángeles y seres humanos. Solo podemos verla por la fe, aunque a veces nos llevemos verdaderas sorpresas. Además, hemos de descubrir la individualidad de cada uno: todo ángel agota su especie, es decir, que cada uno es totalmente distinto del otro, como lo es un caballo de un toro.

Los ángeles son así criaturas espirituales que glorifican a Dios sin cesar y sirven sus designios salvíficos con las otras criaturas: *Ad omnia bona nostra cooperantur angel* (“Los ángeles cooperan a toda obra buena que hacemos”: S.Th. I, q. 114, a. 3, ad 3). Puede en fin asaltarnos de nuevo la duda: ¿no corresponden estos ángeles a una cosmovisión ya superada, casi a una superstición? Si bien existen abundantes testimonios de la Escritura que avalan su existencia, y la Biblia está llena de ellos –decíamos–, podemos olvidarlos en el día a día. Como son invisibles, es difícil encontrar más argumentos y fácil que no seamos conscientes de su cercanía (cf. Roszak, y Vijgen (eds.) 2018).

tras tanto los ángeles de los niños “están viendo continuamente el rostro de mi Padre, que está en los cielos” (Mt 18,10). La existencia del ángel custodio o de la guarda es una antigua tradición en la Iglesia: “Nadie podrá negar –decía san Basilio– que cada fiel tiene a su lado un ángel como protector y pastor para conducir su vida” (*Adversus Eunomium* 3, 1: PG 29, 656B).

Desde los primeros tiempos de la Iglesia –concluye Hahn–, los predicadores y los comentaristas de la Escritura han llegado a dos conclusiones: 1) la Iglesia es la morada de los santos y de los ángeles; 2) hay muchos más ángeles que seres humanos (Hahn 2015, 47), pues al menos cada ser humano tiene su ángel de la guarda³.

San Josemaría expresó su alegría al “ver” el Opus Dei un 2 de octubre precisamente en la fiesta de los ángeles custodios Vázquez de Prada 2001, 293–8), y admiraba la familiaridad y la confianza de los primeros cristianos con los ángeles:

Bebe en la fuente clara de los *Hechos de los Apóstoles*: en el capítulo XII, Pedro, por ministerio de Ángeles libre de la cárcel, se encamina a casa de la madre de Marcos. —No quieren creer a la criadita, que afirma que está Pedro a la puerta. “*Angelus ejus est!*” —¡será su Ángel!, decían. —Mira con qué confianza trataban a sus Custodios los primeros cristianos. —¿Y tú? (Escrivá 1945, n. 570).

Lo increíble además es que Dios ponga a nuestra disposición, a nuestro servicio a un ser tremendamente superior a nosotros, por lo que hemos de tener especial atención con él:

Aquella mañana —para superar la sombra de pesimismo que te asaltaba— también insististe, como haces a diario..., pero te “metiste” más con tu Ángel. Le echaste piropos y le dijiste que te enseñara a amar a Jesús, siquiera, siquiera, como le ama él... Y te quedaste tranquilo (Escrivá 1987, n. 271).

³ Los primeros cristianos demostraron una gran familiaridad y confianza con los ángeles, como admiraba san Josemaría: liberan a los apóstoles de la cárcel (cf. Hch 12,7–9), un ángel lleva a Pedro ante el centurión Cornelio (cf. Hch 10,3) y pide al diácono Felipe que bautice al ministro de la reina Candace de Etiopía (cf. Hch 8,26), y otro le pide a Pablo que vaya a Macedonia (cf. Hch 16,9). Los primeros cristianos son buenos amigos de los ángeles. Con ocasión de la segunda venida de Cristo, anunciada por los ángeles (cf. Hb 1,10–11), estarán presentes al servicio del juicio del Señor (cf. Mt 13,41; 25,31; Lc 12,8–9).

De ahí la confianza de san Josemaría con el ángel de la guarda: “Te pasmas porque tu Ángel Custodio te ha hecho servicios patentes. —Y no debías pasmar-te; para eso le colocó el Señor junto a ti” (Escrivá 1945, n. 565). Para entender el extraordinario poder de los ángeles es necesario conocer su peculiar relación con el espacio y cómo se mueven de un sitio a otro. Su presencia en un sitio se determina –y ocasionalmente se conoce– por la actividad que ahí desarrollan. Sin embargo, los ángeles no son omnipresentes; no están en todas partes a la vez, como sucede con Dios; pero pueden trasladarse de un sitio a otro con la velocidad del pensamiento: su movilidad no es por locomoción, sino simplemente por un cambio instantáneo de lugar, aunque la distancia real entre dos lugares sea considerable⁴.

¡Qué distintos son esos ángeles amanerados que nos ofrece la imaginación popular a las apariciones angélicas que aparecen en el libro de Daniel o en el *Apocalipsis!* (cf. Kotecki 2008, 509–24). Nada de angelitos o angelotes sino seres con una fuerza y una rapidez maravillosas que están a nuestro servicio y a nuestra disposición; es como si un poderoso de la tierra fuera puesto a nuestra total disposición; en esto imitan también a Cristo, que “no vino a ser servido, sino a servir” (cf. Mt 20,28; Mc 10,45). El Doctor Angélico aborda la objeción de que un adulto no necesitara la protección de un ángel, afirmando que nuestras luces y nuestras fuerzas son insuficientes. Por nuestra naturaleza caída y herida, el hombre quiere hacer el bien pero en ocasiones no es capaz: “los pensamientos de los mortales son tímidos y nuestras previsiones, inciertas” (Qo 9,14). “Toda persona –concluye el Aquinate– tiene, pues, necesidad de la custodia del ángel” (S.Th. I, q. 113, a. 1, ad 1). La creencia y la devoción en el ángel custodio constituye una fe recia y una experiencia liberadora, en un mundo donde el demonio quiere apoderarse de él. Es también una devoción cotidiana, de todos los días:

⁴ En la Escritura aparece además el hecho de que los ángeles son capaces de transportar con ellos, a esa velocidad instantánea, objetos materiales e incluso a seres humanos, como en el *Libro de Daniel* (cf. 14,32–38). El ángel trasladó al profeta Abacuc desde Judea hasta Babilonia, “con la rapidez de un espíritu”; cargado con comida para Daniel quien se encontraba preso en el foso de los leones, lo dejó en su sitio de la misma manera. Tienen un poder muy superior al humano, que les puede convertir en exterminadores. Un ángel destruyó a todos los primogénitos de Egipto, otro causó la muerte de 185 soldados asirlos que blasfemaron contra Dios (cf. Is 37,36), y un tercero protegió del fuego a los tres jóvenes que el rey de Babilonia había mandado quemar vivos en el horno (cf. Dn 3,49). El *Catecismo* recuerda en relación a los ángeles custodios que, “desde la infancia (cf. Mt 18,10) a la muerte (cf. Lc 16,22), la vida humana está rodeada de su custodia y su intercesión (cf. Sal 34,8; 91,10–13)” (cf. CCE, n. 336).

Cuando tengas alguna necesidad, alguna contradicción —pequeña o grande—, invoca a tu Ángel de la Guarda, para que la resuelva con Jesús o te haga el servicio de que se trate en cada caso (Escrivá 1981, n. 931).

San Josemaría le encomendaba incluso gestiones materiales complicadas, como señalarle qué hora era cuando no tenía reloj, y de ahí el apelativo cariñoso de “el Relojero”, porque le recordaba la hora en que debía acometer sus obligaciones. Hemos de vivir de fe y, como sugiere un autor en lenguaje figurado, “dar caza a los ángeles” (cf. Huber 1974, 83–7). No hay pues que relegarlos a la dorada época de la infancia, pues nos acompañan durante toda nuestra vida: “La tradición cristiana describe a los Ángeles Custodios como a unos grandes amigos, puestos por Dios al lado de cada hombre, para que le acompañen en sus caminos. Y por eso nos invita a tratarlos, a acudir a ellos” (Escrivá 1973, n. 63). Todos los seres humanos gozan de su ayuda y compañía, incluso las personalidades más perversas, que cometerían todavía más crímenes si no fuera por su asistencia. Jesús dejó que en la oración en el Huerto de los olivos le confortaran (cf. Lc 22,43). ¿No basta con un retraso, un olvido o una enfermedad para cambiar el curso de la historia? Todos estos son efectos fáciles de obtener para los ángeles:

Te encomendará a sus ángeles –dice el salmo– para que te guarden de todas sus idas y venidas, y ellos te llevarán en volandas para que tus pies no tropiecen en las piedras; pisarán sobre áspides y víboras y aplastarán al león y al dragón (90 [91], 11–13).

El Doctor Angélico explica que conocen la naturaleza mejor que nosotros y ejercen sobre la materia un dominio especial sobre ella (cf. S.Th. I, q. 111, a. 4; Hahn 2001, 53)⁵.

⁵ Así, por ejemplo, al llegar a Malta, san Pablo fue picado por una víbora y, mientras los locales esperaban que cayera fulminado, resultó ileso y los malteses cambiaron de actitud (cf. Hch 28,3–6). También cuando Daniel es liberado del ataque del león, exclama: “Señor –dijo el profeta al rey– mi Dios ha enviado a su ángel y ha cerrado las fauces de los leones; no me han hecho daño...” (Dn 6,23). Igualmente Sidrac, Misac y Abdénago son liberados de los efectos del fuego cuando fueron echados al horno (cf. Dn 3,8–97).

3. Un “gran cómplice”

San Josemaría contaba con su ayuda e influencia a la hora de tratar con otras personas: “Gánate al Ángel Custodio de aquel a quien quieras traer a tu apostolado. —Es siempre un gran “cómplice” (Escrivá 1945, n. 563). San Juan XXIII daba un consejo muy parecido, recibido de su predecesor Pío XI:

Fuente de perenne alegría para sus protegidos, esta presencia allana las dificultades y disipa las oposiciones. Cuando tengamos que hablar con una persona de difícil acceso a nuestras argumentaciones, y con la que —como consecuencia— nuestra conversación ha de tener un tono más persuasivo, acudimos a nuestro Ángel Custodio. Le encomendamos el asunto. Le pedimos que intervenga cerca del Ángel Custodio de la persona con que tenemos que vernos. Una vez establecido el entendimiento entre los dos Ángeles, la conversación del papa con su visitante es mucho más fácil (Giovanni XXIII 1962, *Discorsi* IV, 726).

Cuando hablaba a las multitudes reunidas en la plaza de San Pedro, el papa Roncalli pensaba también en la multitud de ángeles custodios que —de un modo invisible— estaban también allí. En una confidencia hecha a un obispo canadiense, atribuyó a su Ángel de la guarda la convocatoria del concilio Vaticano II en 1959 durante un momento de oración. También nosotros tenemos experiencia de cómo las relaciones y la comunicación con otras personas pueden facilitarse por medio del poderoso influjo de estas fuerzas invisibles. “¿Qué hay en ese ambiente muchas ocasiones de torcerse? Bueno. Pero ¿acaso no hay también Custodios?” (Escrivá 1945, n. 566). De nuevo el Doctor Angélico nos habla de la “complicidad” del ángel de la guarda: “Nosotros tenemos más aliados que ellos”, sostiene, refiriéndose a los demonios (S.Th. I, q. 114, a. 1 ad 2). Tenemos así a nuestra disposición un poderoso colaborador —también respecto a los demás— para cumplir la voluntad de Dios respecto a los otros:

Acostúmbrate a encomendar a cada una de las personas que tratas a su Ángel Custodio, para que le ayude a ser buena y fiel, y alegre; para que pueda recibir, a su tiempo, el eterno abrazo de Amor de Dios Padre, de Dios Hijo, de Dios Espíritu Santo y de Santa María (Escrivá 1987, n. 1012).

Por tanto, la vida, la experiencia y la teología de los santos nos ayuda también a profundizar sobre el papel de los ángeles de la guarda en la vida cristiana.

Hay que tratar a los ángeles, decía san Josemaría. Acudir a ellos... decir a tu Ángel Custodio que estas aguas sobrenaturales de la Cuaresma no han resbalado sobre tu alma, sino que han penetrado hasta lo hondo, porque tienes el corazón contrito. Pídeles que lleven al Señor esa buena voluntad, que la gracia ha hecho germinar de nuestra miseria, como un lirio nacido en el estercolero. *Sancti Angeli, Custodes nostri: defendite nos in proelio, ut non pereamus in tremendo iudicio*. Santos Ángeles Custodios: defendednos en la batalla, para que no perezamos en el tremendo juicio (Escrivá 1973, n. 63).

Nos acompañan en todos nuestros retos y decisiones, en todas nuestras luchas: tienen la orden de asistirnos en todas las peripecias físicas, psíquicas y espirituales, si bien dedican sus mejores energías a iluminar las conciencias (cf. S.Th. I, q. 113, a. 1, ad 2 y a. 6, ad 2). Con esa confianza lo trataba san Josemaría: “Cuando tengas alguna necesidad, alguna contradicción –pequeña o grande–, invoca a tu Ángel de la Guarda, para que la resuelva con Jesús o te haga el servicio de que se trate en cada caso” (Escrivá 1987, n. 931). Sin embargo, su acción no suplanta nuestra libertad, pues no puede penetrar directamente en nuestra inteligencia y en nuestra voluntad. Allí solo puede entrar Dios, quien sigue respetando nuestra libertad incluso en el error. Solo pueden actuar en nuestros sentidos y emociones, en la memoria y la imaginación, decíamos, si bien a veces estos estímulos son muy poderosos (cf. S.Th. I, q. 113, a. 5, ad 2; I, q. 111)⁶.

⁶ “Ten confianza con tu Ángel Custodio. —Trátalo como un entrañable amigo —lo es— y él sabrá hacerte mil servicios en los asuntos ordinarios de cada día” (Escrivá 1945, n. 562). No solo está a nuestro lado en las grandes decisiones de nuestra vida, sino en el día a día más cotidiano. Con su inteligencia claramente superior, pueden iluminarnos ante las circunstancias concretas. Pueden así acrecentar nuestras facultades y ampliar nuestra inteligencia y nuestro amor. Dios ayuda a las personas indirectamente a través de los ángeles, que son los conductos o canales a través de los cuales llega su gracia (cf. S.Th. I, q. 113, a. 1 ad 2; I q. 111, a. 2 ad 2).

Esta puede –decíamos– iluminar la inteligencia y encendernos en nuestro amor, pues tiene un gran poder en el mundo de los afectos: “La guarda del corazón. —Así rezaba aquel sacerdote: ‘Jesús, que mi pobre corazón sea huerto sellado; que mi pobre corazón sea un paraíso, donde vivas Tú; que el Ángel de mi Guarda lo custodie, con espada de fuego, con la que purifique todos los afectos antes de que entren en mí; Jesús, con el divino sello de tu Cruz, sella mi pobre corazón’” (Escrivá 1987, n. 412).

Sin embargo, no podemos convertirlo en una especie de coartada para cumplir la propia voluntad –como si fuera una especie de talismán mágico–, sino que hemos de purificar nuestro corazón y procurar seguir la voluntad de Dios. “Parece como si tu Ángel te dijera: ¡tienes tu corazón lleno de tanta afición humana!... —Y luego: ¿eso quieres que custodie

Seamos hombres de paz, hombres de justicia, hacedores del bien, y el Señor no será para nosotros Juez, sino amigo, hermano, Amor. Que en este caminar —¡alegre!— por la tierra, nos acompañen los ángeles de Dios. Antes del nacimiento de nuestro Redentor, escribe San Gregorio Magno, nosotros habíamos perdido la amistad de los ángeles. La culpa original y nuestros pecados cotidianos nos habían alejado de su luminosa pureza... Pero desde el momento en que nosotros hemos reconocido a nuestro Rey, los ángeles nos han reconocido como conciudadanos. Y como el Rey de los cielos ha querido tomar nuestra carne terrena, los ángeles ya no se alejan de nuestra miseria. No se atreven a considerar inferior a la suya esta naturaleza que adoran, viéndola ensalzada, por encima de ellos, en la persona del rey del cielo; y no tienen ya inconveniente en considerar al hombre como un compañero (Escrivá 1973, n. 187).

Él nos acompaña siempre y nos introducirá —así gustaba verlo san Josemaría— el comienzo de la otra vida:

El Ángel Custodio nos acompaña siempre como testigo de mayor excepción. El será quien, en tu juicio particular, recordará las delicadezas que hayas tenido con Nuestro Señor, a lo largo de tu vida. Más: cuando te sientas perdido por las terribles acusaciones del enemigo, tu Ángel presentará aquellas corazonadas íntimas —quizá olvidadas por ti mismo—, aquellas muestras de amor que hayas dedicado a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo. — Por eso, no olvides nunca a tu Custodio, y ese Príncipe del Cielo no te abandonará ahora, ni en el momento decisivo (Escrivá 1986, n. 693).

Por eso acudimos a esa oración de la liturgia: *Sancti Angeli, Custodes nostri: defendite nos in proelio, ut non pereamus in tremendo iudicio*. “Santos Ángeles Custodios: defendednos en la batalla, para que no perezcamos en el juicio que nos llena de temor”.

tu Custodio?” (Escrivá 1945, n. 150). A veces, queremos imponer nuestra propia voluntad incluso a Dios, aunque no por ello nos dejarán los ángeles de la guarda. “No podemos tener la pretensión de que los Ángeles nos obedezcan... Pero tenemos la absoluta seguridad de que los Santos Ángeles nos oyen siempre” (Escrivá 1987, 339).

4. “Santo, santo, santo”

En el momento del nacimiento del Mesías en Belén, los ángeles están presentes en forma de músicos, mientras cantan su alabanza: “Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad” (Lc 2,14). Anuncian la Buena Nueva a los pastores (Lc 2,18), protegen la infancia del Niño Dios (Mt 1,20) e incluso se alegran por la conversión de un solo pecador (cf. Lc 15,10). En las tentaciones de Jesús, lanza un desafío al mismo demonio: “¿Crees que no puedo rogar a mi Padre, quien pondría a mi disposición al momento más de doce legiones de ángeles?” (Mt 26,53). En la Parusía volveremos a ver esos ángeles en toda su gloria y esplendor: “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria con todos los ángeles...” (Mt 25,31). Y colaborarán con el Mesías a instaurar el reino definitivo: “el Hijo del Hombre enviará a sus ángeles y arrancará de su Reino todos los escándalos y a todos los obradores de la iniquidad” (Mt 13,41)⁷.

Toda celebración litúrgica es una participación de la liturgia celestial, en la que asisten activamente los ángeles y los santos: “Os habéis acercado... a la ciudad del Dios vivo, a la Jerusalén celestial, al coro de millares de ángeles” (Hb 12,22–23). La liturgia terrena es un reflejo de la liturgia de los ángeles; esta unidad está expresada en el prefacio, donde se anima a la asamblea a unirse al coro de los ángeles y los santos, de modo que es un culto de toda la Iglesia, en primer lugar de la celestial.

Toda la vida de la Iglesia –reza el *Catecismo* en el número 335– se beneficia de la ayuda misteriosa y poderosa de los ángeles. En su liturgia, la Iglesia se une a los ángeles para adorar al Dios tres veces en rezo del “Hosanna”; invoca su asistencia (Al Paraíso te lleven los ángeles...) de la liturgia de difuntos, o también en el *Himno querubínico* de la liturgia bizantina. Además, celebra más particularmente la memoria de ciertos ángeles, como san Miguel, san Gabriel, san Rafael y los ángeles custo-

⁷ También a Natanael le fue revelada una visión de la futura Parusía: “Y les dijo: en verdad os digo que veréis el cielo abierto y los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre” (Jn 1,51). Los ángeles están por doquier y, con la segunda venida del Señor, constituirán un adecuado acompañamiento a la apoteosis del Hijo de Dios. “Os habéis acercado al monte de Sion –añade la *Epístola a los hebreos*–, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel” (Hb 12,22–24).

dios. Desde su comienzo a la muerte, la vida humana está rodeada de la custodia de los ángeles y de su intercesión: “Cada fiel tiene a su lado un ángel como protector y pastor para conducirlo a la vida” (S. Basilio, Eun. 3, 1). Desde esta tierra, la vida cristiana participa, por la fe, en la sociedad bienaventurada de los ángeles y de los hombres, unidos en Dios” (cf. CCE, nn. 334–336; Hahn 2001, 47).

Junto a la ayuda del ángel de la guarda de la que hemos hablado, la participación en la acción litúrgica es una participación en la vida celestial, pues la liturgia tiene un carácter predominantemente escatológico. En ella, nos espiritualizamos, nos hacemos más semejantes a los ángeles: por eso decimos que la comunión eucarística es *panis angelorum*, “pan de los ángeles”. En la celebración sacramental –y de un modo especial en la eucarística– es el *Christus totus* que celebra en unión a su Cabeza, que se ofrece como ofrenda agradable al Padre, en el Espíritu. En la liturgia nos ponemos en contacto directamente con los misterios celestiales y “por Cristo, con Él y en Él”, como reza la doxología final de la plegaria eucarística, “a ti Dios Padre omnipotente” –nos dirigimos al Padre– “en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria”. En esa celebración litúrgica nos ponemos en contacto con la Trinidad, por medio de Jesucristo, verdadero y único Sacerdote. En esta acción tan solemne y sublime al mismo tiempo no puede faltar de modo especial la presencia de los ángeles; toda la celebración litúrgica vendría a unirse al canto del *Gloria in excelsis Deo* que interpretan los ángeles, en unión a los santos del cielo:

Todos los cristianos, por la Comunión de los Santos, reciben las gracias de cada Misa –recordaba san Josemaría–, tanto si se celebra ante miles de personas o si ayuda al sacerdote como único asistente un niño, quizá distraído. En cualquier caso, la tierra y el cielo se unen para entonar con los Ángeles del Señor: *Sanctus, Sanctus, Sanctus...* Yo aplaudo y ensalzo con los Ángeles: no me es difícil, porque me sé rodeado de ellos, cuando celebro la Santa Misa. Están adorando a la Trinidad (Escrivá 1973, n. 89; cf. Hahn 2001, 49).

El cuerpo místico de Cristo que constituye la Iglesia –nos recuerda santo Tomás– no está solo compuesto por hombres y mujeres –en el cielo, en el purgatorio y en estado de peregrinación–, sino también por los ángeles (cf. S.Th. III, q, 8, a. 4c). Los ángeles custodios tendrán como cometido fundamental adorar a Jesucristo en la Eucaristía y, por medio de ella, a toda la Trinidad: “los ángeles rodean al sacerdote –predicaba san Juan Crisóstomo–; todo el santuario, y especialmente el espacio alrededor del altar, está poblado de ejércitos celestiales

en honor de Aquél que está sobre el altar” (*Tratado sobre el sacerdocio* VI, 4; cf. Tomás de Aquino, *Comentario a 1 Co 11*, 10). Orígenes hablaba incluso de que la asistencia a los misterios sacramentales se duplica con la asamblea invisible de los ángeles (*De oratione* 31, 5).

La fe cristiana no achica el ánimo, ni cercena los impulsos nobles del alma –decía san Josemaría–, puesto que los agranda, al revelar su verdadero y más auténtico sentido: no estamos destinados a una felicidad cualquiera, porque hemos sido llamados a penetrar en la intimidad divina, a conocer y amar a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo y, en la Trinidad y en la Unidad de Dios, a todos los ángeles y a todos los hombres. Esa es la gran osadía de la fe cristiana: proclamar el valor y la dignidad de la humana naturaleza, y afirmar que, mediante la gracia que nos eleva al orden sobrenatural, hemos sido creados para alcanzar la dignidad de hijos de Dios. Osadía ciertamente increíble, si no estuviera basada en el decreto salvador de Dios Padre, y no hubiera sido confirmada por la sangre de Cristo y reafirmada y hecha posible por la acción constante del Espíritu Santo (Escrivá 1973, n. 133; cf. Lázaro Pulido 2018, 129–46)⁸.

La liturgia que la Iglesia celebra en la tierra es una participación del culto celebrado por los ángeles en la ciudad celestial. Por eso se llama a la celebración eucarística “el cielo en la tierra”, como si en el techo de las capillas, oratorios

⁸ Esta presencia de los ángeles junto a la Eucaristía ha estado representada por el arte cristiano, que llena de ellos altares y sagrarios. Esta vigilancia continua anticipa y actualiza la acción de los ángeles en el último día: “en verdad, en verdad os digo: veréis los cielos abiertos y los ángeles subir y bajar sobre el Hijo del Hombre” (Jn 1,51). También para nosotros es muy conveniente invocar al ángel de la guarda en los últimos momentos de nuestra vida: los ángeles de la luz y los ángeles de las tinieblas rivalizan en la cabecera del moribundo. Se comprende que la Iglesia acuda y movilice a los ángeles en esos momentos cruciales. Si bien los demonios –explica el Doctor angélico– no siempre son necesarios para que cometamos un pecado, “los ángeles cooperan en todas nuestras acciones” (S.Th. I, q. 114, a. 3, ad 3).

Por eso concluía san Josemaría: “Pido al Señor que, durante nuestra permanencia en este suelo de aquí, no nos apartemos nunca del caminante divino. Para esto, aumentemos también nuestra amistad con los Santos Ángeles Custodios. Todos necesitamos mucha compañía: compañía del Cielo y de la tierra. ¡Sed devotos de los Santos Ángeles! Es muy humana la amistad, pero también es muy divina; como la vida nuestra, que es divina y humana. ¿Os acordáis de lo que dice el Señor?: ya no os llamo siervos, sino amigos. Nos enseña a tener confianza con los amigos de Dios, que moran ya en el Cielo, y con las criaturas que con nosotros conviven, también con las que parecen apartadas del Señor, para atraerlas al buen sendero” (Escrivá 1977, n. 315). Ellos nos acercan a la Eucaristía.

e iglesias se abriera para conectar con la celebración de continua alabanza en la que participan ángeles y santos en el cielo. En el *Apocalipsis* resuena el Trisagio –“santo, santo, santo”– “día y noche”, entonado por los ángeles del trono de Dios (cf. 4, 8). La alabanza del mundo eterno que se dirige al Dios de la eternidad constituye una “acción de gracias”, una “Eucaristía”. Debemos unir la liturgia celeste con la terrestre, como enseña todo el capítulo cuarto del último libro de la Escritura (cf. Roszak 2018, 153–72).

Luego miré, y oí la voz de muchos ángeles que estaban alrededor del trono, de los seres vivientes y de los ancianos. El número de ellos era millares de millares y millones de millones. Cantaban con todas sus fuerzas: “¡Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, la fortaleza y la honra, la gloria y la alabanza!” (Ap 5,11–12).

En este libro encontramos todo un modelo de la celebración eucarística con el “santo”, el “aleluya” y el “amén”. La alabanza que comienza con los ángeles del trono y termina con la creación visible solo puede culminar con el “amén” de los ángeles. Y en toda esta dinámica celestial podemos unirnos nosotros –ayudados por nuestros ángeles– por medio de la celebración litúrgica (cf. Peterson 1957, 21–48; Hahn 2001).

Bibliografía

- Bonino, S.T. 2016. *Angels and Demons: A Catholic Introduction*. Washington: CUA Press.
- Escrivá de Balaguer, Josemaría. 1945. *Camino*. Madrid: Rialp, 2002.
- Escrivá de Balaguer, Josemaría. 1973. *Es Cristo que pasa*. Madrid: Rialp, 2002.
- Escrivá de Balaguer, Josemaría. 1977. *Amigos de Dios*. Madrid: Rialp, 2002.
- Escrivá de Balaguer, Josemaría. 1986. *Surco*. Madrid: Rialp, 2001.
- Escrivá de Balaguer, Josemaría. 1987. *Forja*. Madrid: Rialp, 2001.
- Giovanni XXIII. 1963. *Discurso en la basílica de Santa María de los Ángeles* (9 de septiembre 1962). En id. *Discorsi IV*. Roma: Libreria Editrice Vaticana, 726–7.
- Hahn, Scott. 2015. *Ángeles y santos*. Madrid: Rialp.
- Hahn, Scott. 2001. *La cena del cordero. La Misa, el cielo en la tierra*. Madrid: Rialp.
- Huber, Georges. 1974². *Mi ángel marchará delante de ti*, Palabra, Madrid.
- Keck, David. 1998. *Angels and Angelology in the Middle Ages*. New York: Oxford University Press.

- Keck, David. 2014. "Bonaventure's Angelology." En *A Companion to Bonaventure*. The Netherlands: Brill.
- Kotecki, Dariusz. 2008. "Reinterpretación del Antiguo Testamento en el Nuevo: cristología teocéntrica en el Apocalipsis de san Juan," *Scripta Theologica* 40, no. 2: 509–524. DOI: <https://doi.org/10.15581/006.40.10655>
- Lázaro Pulido, Manuel. 2018. "La naturaleza de la natura: una apunte sobre mística y ciencia en el franciscanismo medieval de la Península Ibérica," *Scientia et Fides* 6, no. 2: 129–46. DOI: <http://dx.doi.org/10.12775/SetF.2018.011>.
- Peterson, Erik. 1957. *El libro de los ángeles*. Madrid: Rialp.
- Potter, Dylan David. 2017. *Angelology: Recovering Higher-Order Beings As Emblems of Transcendence, Immanence, and Imagination*. Cambridge: James Clarke & Co.
- Saint-Exupéry, Antoine de. 1943. *El principito*, Madrid: Salamandra, 2008.
- Vázquez de Prada, Andrés. 2001. *El fundador del Opus Dei I*, Madrid: Rialp.
- Roszak, Piotr. 2018. "La fe y la participación en la naturaleza divina según santo Tomás de Aquino," *Espíritu* 67, no. 155: 153–172.
- Roszak, Piotr, y Jorgen Vijgen (eds.). 2018. *Towards A Biblical Thomism. Thomas Aquinas and the Renewal of Biblical Theology*. Pamplona: Eunsa.
- Vázquez de Prada, Andrés. 2001. *El fundador del Opus Dei I: "¡Señor, que vea!"*. Madrid: Rialp.